



Neruda, el joven

■ *Jerson Mariano Arias*

Neruda, en ese tiempo el muchacho Neftalí, vivió en esa casita de madera desteñida, aprisionada hoy entre edificios sólidos, mayormente dedicados al comercio. En sus años, Neruda vivió cercano a la estación de ferrocarril de Temuco, situada a unas cinco cuadras de su domicilio, lugar al que llegaba a diario su padre, trabajador ferroviario, engullido cotidianamente por el amplio edificio de la estación que incluía un hotel, un dispensario para atención de la salud de los trabajadores, amplias bodegas guardadoras de la cosecha sureña y de las mil cargas transportadas por el tren.

Los amplios andenes recibían a los pasajeros, a sus parientes que iban a despedirlos o a recibirlos luego de un viaje. También a los que elegían pasear por los andenes techados por el sólo gusto de ver llegar y salir los trenes en una ciudad escasa en entretenciones.

Frente a la casa de Neruda había barro entre abril y diciembre, justo cuando el muchacho salía con rumbo a sus clases en el Liceo, a diez cuadras de distancia aproximadamente. Por lo mismo, ni él ni nadie lucía un calzado fino y delgado -como puede verse hoy-; era común el uso de 'bototos' de cuero engrasado y quienes los poseían, lo hacían con orgullo. Lo más conveniente era usar las calcetas de lana pura de oveja, hilada a mano en el huso y tejidas con palillos; con otro apero era difícil resistir el frío en clases. Charcos y barro eran la cubierta sobre la inmensa mayoría de las calles. Carretas de mapuches habrían surcos batiendo el barro; los gorriones se mantenían al asecho para capturar las semillas que pudieran caer de la carreta. La lluvia se dejaba caer en cualquier instante. Resultaba ser una amenaza cuando, en

alianza con el viento norte, asolaba la ciudad.

A otras diez cuadras de su Liceo, Neruda podía visitar a Gabriela Mistral, que ejercía como directora del Liceo de Niñas. Algunas charlas poéticas envolvieron a estos dos seres que, a la fecha, ignoraban sus destinos. En su cuarto, alto y gris, Neruda pergeñaba sus versos, sin dejar de escuchar el rodar de las carretas de ruedas 'chanchas' (resultado de un solo corte en un árbol de madera dura), el grito del carretero y los pitazos de las locomotoras que iban y venían. Es de suponer que aquellos pocos encuentros con la Mistral fueran para Neruda la única señal que le permitía saber de su propia existencia de poeta y ver en ella una constatación del sentido de su quehacer. ¿De quién más podía obtener ese alimento? Debieron ser años de una firme convicción en su tarea; solo en medio de todos que hacían de todo y todo era extraño para el muchacho poeta.

En fin, todas las vidas tienen un entorno más o menos amable y un desafío que, en este caso, el jovencito enfrentó con éxito.

De niño, visité unas pocas veces a una tía del poeta, doña Glasfira Reyes de Mason, profesora jubilada en esos años, escritora de sus propios versos, de silueta redondeada, voz temblorosa y chal sobre sus hombros. Siempre recitaba para mí un verso, sonreía con la calidez que los niños le provocaban. Por esos años Neruda era ya un adulto atravesando países, construyendo el andamiaje de su fama. La señora, rara vez lo mencionaba orgullosamente.

Los primeros versos de Neruda se hicieron de agua de lluvia, barro y habitaciones penumbrosas.